

Alonso González de Nájera

Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile

Editorial Universitaria, Santiago, 2017. 750 pp. ISBN 978-956-11-2535-3.

Excelente, por decir lo menos. La edición de la obra efectuada por Miguel Donoso Rodríguez, acompañada de un estudio biográfico, notas filológicas e históricas.

No obstante señalaré como primera edición, acaso por capricho publicitario, es cronológicamente la cuarta. La primera fue la de Madrid, 1866, uno de cuyos ejemplares, que fuera propiedad de Nercasseau Morau, obra en nuestro poder.

La segunda corresponde al tomo XVI de la *Colección de historiadores y de documentos relativos a la historia nacional*, Santiago, 1889; la tercera a la edición facsimilar de la Editorial Andrés Bello, 1971. La nueva edición supera largamente a las anteriores versiones y corresponde a una “edición crítica” en que se depura el texto de sus errores históricos y literarios, fallas de imprenta y tergiversaciones. Se procura establecer la realidad del texto original.

Los filólogos, llevados principalmente por intereses idiomáticos, suelen intervenir los textos en el deseo de depurar el lenguaje y aproximarlos a lo que el autor “quiso decir”. Esto es, intervienen los textos suponiendo intenciones en el escritor. Muchas veces se trata de simples letras o periodos cortos, que pueden cambiar las intenciones de lo que el autor deseó expresar o las circunstancias que rodearon el hecho.

Definitivamente, no es conveniente suponer cuál fue el pensamiento del autor. Solamente el historiador puede hacerlo y bajo su responsabilidad.

Al modernizar el lenguaje se facilita la lectura, especialmente al lector corriente, pero nos preguntamos qué ganamos con sustituir *agora* por *ahora*, la *fuelle* por el *puente*.

Creemos que las expresiones vetustas poseen un encanto y belleza que además nos vinculan con el latín, el francés o el italiano y, por lo tanto, enriquecen o dan matices a la comprensión de nuestro lenguaje.

¿No es encantador el comienzo del poema del Cid?

Mio Cid Roy Diaz
por Burgos entrove
en sua compañía sesenta pendones
Exieen lo ven mugieres y varones
floraludo de los sus ojos
todos dizian una raggione
Dios que gran vasallo
si oviese buen señore.

No respondo de la fidelidad de las expresiones, pues cito de memoria después de más de setenta años.

En el fondo de todo nuestro planteamiento hay un asunto importante. El historiador necesita de escritos prístinos, tal como el antiguo escritor los colocó, en medio de circunstancias humanas que solo captamos a medias. No hay que suponerles intenciones.

El estudioso del pasado está tanto o más capacitado que el filólogo para interpretar los textos, porque el continuo deambular por las antigüedades del idioma instintivamente le lleva a dirimir ambigüedades.

Valga un ejemplo. En nuestros viejos documentos y crónicas resulta evidente que *zegras* indica a cualquier conjunto de caballares, como pueden ser potros, caballos, potrillos, etc. y en ocasiones se refiere únicamente a las hembras.

Muchas son las ayudas que el historiador puede prestar al estudioso del idioma. Al vuelo puedo mencionar algunas.

La expresión *potuero* es cualquier espacio, cerrado o abierto, donde pacen los animales. Pueden ser lo que hoy denominamos potrero, un espacio acotado o dehesas más o menos amplias no cerradas.

Fino y *finura* corresponden a leal y lealtad, como se les encuentra hasta hoy día en rincones del campo.

Mañoso significa ladrón en el Norte Chico y *taita* es el padre.

Por supuesto que términos de esa especie se encuentran en los diccionarios de chilenismos y muchos han sido aceptados por la Real Academia.

Por otra parte, muchas veces el investigador de la historia quisiese tener la ayuda de un lingüista o un estudioso sobre determinado vocablo y debe quedar entregado a su propio criterio y en medio de dudas. Es lo que ocurre con los términos *montaña* y *monte* que el *Diccionario* de la Real Academia considera homólogos.

No obstante, en los viejos escritos los encontramos con significación distinta. *Montaña* puede ser una cumbre muy pronunciada y también un bosque, selva o formación arbórea. Nos queda duda si la referencia es a una subida agotadora y por tierra fragosa o se relaciona con una emboscada en que los enemigos salieron repentinamente, también si se acogieron a ella para evitar la persecución de la caballería. Para tales casos las referencias son infinitas en crónicas y documentos de Chile.

El vocablo *monte* también tiene un significado ambivalente. Así Fray Luis de León escribe con soltura.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado
tengo un huerto...

En tal caso la referencia no puede ser sino a un cerro, colina o collado, porque si no, no se entendería lo de una ladera.

Generalmente, sin embargo, el término es empleado en el sentido de una formación vegetal, preferentemente de arbustos y árboles, de tránsito un poco difícil y en terreno plano o ligeramente desnivelado.

Conocida es la expresión “la cabra tira al monte”, seguramente en su sentido vegetacional.

No estará demás recordar que en las cercanías de Santiago el poblado de El Monte toma su nombre del bosque allí existente, que dio lugar a que se estableciese con su taller el carpintero Bartolomé Flores (del alemán Blumen) en lo que también se llamó “la madera de flores”.

Durante el siglo XVI se mantuvo la formación boscosa de Calera de Tango, el Monte, Talagante y Peñaflor, facilitada por las aguas del afloramiento del río Mapocho. En aquella época fueron constantes la preocupación y las disposiciones del Cabildo de Santiago para proteger el monte.

En la *Historia del pueblo chileno*, tomo II, pág. 33, nos hemos referido con algún detalle a las disposiciones del Cabildo de Santiago durante el siglo XVI, relativas al monte desde el valle del Maipo hasta el mar, incluyendo el área de Talagante y el Monte.

Dada la extensión y las características de la zona queda la impresión de que se trataba de una formación dispersa y no muy apretada.

Debido a las costumbres de la época, aquellos montes eran de uso común y por eso se reglamentó su explotación.

Los derivados del *monte* son múltiples: montano, montaraz, montuno, montería o caza mayor, montero o sirviente de caza, además del apellido; todos ellos relacionados probablemente con el tipo de vegetación.

El padre Diego de Rosales en su *Historia general del reino de Chile* emplea indistintamente *montaña* y *monte* para señalar cumbres y formaciones boscosas (edición de 1989, tomo I).

Pág.189, refiriéndose a los volcanes:

“en las noches parecen unas bien ordenadas luminarias en las cimas de los *montes*”. Pág. 384: “cerrodeando toda la tierra, hicieron por todos los cerros humos, para avisarse unos a otros... véame por las laderas de los montes, gentes armadas”.

El sentido de selva, bosque o arboleada aparece en las siguientes citas. Pág. 201, “en este Reyno no han comenzado hasta ahora a aprovechar del [carbón de piedra] como hay tantas montañas y arboleada a cada paso, es fácil hacer carbón”. Pág. 205, “espesura de los montes... los árboles y espesos bosques... son en todas partes espesísimos, crecen y se multiplican con mayor hazaña en las tierras de mayor altura polar... y estos bosques han sido las más siempre grandes fortalezas, donde los indios se han defendido; porque en ellas se meten cuando los van a buscar los españoles... y de ellas salen a hacer correrías y malocas, volviéndose luego a su guarida de la montaña. Donde tienen sus casas y sementeras, y sólo dejan un caminito angosto para entrar y salir. Entre la numerosa población, de estas selvas, hay muchos árboles”. Pág. 265, refiriéndose a Chiloé, Rosales comenta que “la tierra es *montañosa*, sombría y anegadiza”. Pág. 380, mencionando la destrucción de la Serena, comenta que los soldados se “embarcaron en la *montaña*” y luego salieron del *monte*. Pág. 445, comenta que en la cuesta de Villagrán, que tenía mucha montaña, los indígenas prepararon una emboscada.

Los ejemplos del doble significado de *montaña* y *monte* pueden multiplicarse. En suma, el significado de uno u otro término queda entregado al análisis textual del historiador.

En el *Desengaño y reparo* el empleo de *montaña* y *monte* es indistinto, aunque ambos términos son utilizados raras veces.

Es indudable que la lingüística y en especial la filología, son ayudas de primer orden para los historiadores, cuya ignorancia del idioma por falta de lecturas, es notoria. Además son ramplones para escribir.

Sin embargo, el aporte de los estudiosos del idioma a través de ediciones críticas y depuradas puede constituir un peligro. En diversas ocasiones manifesté a un filólogo de gran renombre como fue Mario Ferreccio, que se estaban alterando las fuentes históricas y que solo correspondía al historiador, frente a un texto, interpretar el sentido de los vocablos.

Complementando estas disquisiciones, diría que hay que atender al sentido que los vocablos tienen en Chile y según las regiones y el tiempo.

En el Norte Chico *mañoso* significa ladrón y la antigua expresión *taita* tiene plena vigencia.

No desconozco que existen estudios lingüísticos regionales, que hay diccionarios de chilenismos y que la Real Academia ha acogido muchas de nuestras expresiones. Solo queremos llamar la atención a que la correcta explicación de los vocablos se conecta con el estudio de la sociedad, la cultura y la historia de las localidades. Es más probable que los lingüistas y filólogos estén de acuerdo con las ideas aquí contenidas. Solo queremos llamar la atención a que la modificación de las viejas fuentes y sus aparentes errores invalida la calidad testimonial de los viejos escritos y perjudica al historiador.

Nuestras consideraciones en nada perjudican a la nueva edición de *Desengaño y reparo* y la labor del profesor Donoso. Solamente son una voz de alerta para quienes trabajan con viejos escritos.

SERGIO VILLALOBOS R.
Universidad San Sebastián